



en el vómito de los perros salvajes. Minuto a minuto saboreaba mi cansancio sideral, con fruición, como si una dosis de quinina burbujeara en mi lengua inflamada y sucia. Mi cuerpo se relajaba durante unos segundos y, de repente, sufría un latigazo monstruoso, una convulsión muscular que lanzaba un serio aviso. La quietud y el sosiego eran tan inaccesibles como la alcoba mugrienta de una princesa trastornada.

En los cuentos infantiles deberían aparecer figuras humanas deformadas por la idiotez y la furia, para que los niños pudieran observar desde muy temprano la infamia inextirpable de un género humano demasiado entregado a ínfulas horripilantes, de esas que aparecen de cuando en cuando en las esquinas de los puentes, allá en los suburbios humeantes, donde las horas transcurren a una velocidad inaudible y demasiado luctuosa. Viscoso se encontraba mi organismo, blando como una verdura podrida. Una fiebre palúdica hervía en las fronteras vivas de todos mis tejidos. Solo mi sexo adquiriría lenguaje propio, transformándose en una máquina dopada y semiautomática, engrasada con deseos criminales. Sudores sucios. No hay vademécum capaz de esclarecer lo sucedido. Mi cuerpo dibujó un decúbito supino destartado y ridículo, defenestrado entre las sábanas arrugadas. Quería dormir y no podía. Pensaba demasiadas cosas a una velocidad poco recomendable. Y en todo ello, a pesar de las cuitas y los temblores, no había ninguna lección que aprender.

Un motivo bíblico se endurece bajo mi párpado.

Es la imagen perdida de una seducción, una límpida habitación azulada y repleta de orgánicas caricias que me impulsa a no se sabe qué itinerario despellejado. En esos momentos mi forma de expresión tiende más a lo fonético que a lo conceptual, como diría un académico pedante. Son esteticismos manoseados y pletóricos que usamos para describirnos a nosotros mismos, como un sepulturero que maneja diferentes palas en función del tipo de tierra que toca cavar. Debemos constatar que no somos tan importantes, que nuestros anhelos no valen un carajo. Y por ello me reía incontinentemente, con un sarcasmo poderosamente ácido, de todo ese vodevil pornográfico con el que intentan distraernos.

Es verdad que me reía en silencio, con las mandíbulas quietas. Son hilarantes diabluras del lenguaje que se convierten en piedra, en azufre picante o en deletéreos besos huidizos que una vez tuve y ahora solo algún Dios puede hallar. Latitudes aciagas e inasequibles. Aquí sigo, cual granjero lunar, cosechando fracasos de cráter en cráter, recolectando suspiros homicidas y zafiros explosivos, espantapájaros raquíuticos de ojos aceitunados catalogando el mundo con desviadas categorías. Seremos recibidos en un santuario de monjes desarrapados y tuberculosos, más allá de los muros de la ciudad. Allí vegetaremos sin grandes alharacas, pero con la sabia certeza de sentirnos aherrojados en un estertor inigualable. Fusilados al amanecer. No hay otro modo de hacerlo. Una formidable adrenalina se me escapa entre las uñas, de eso me

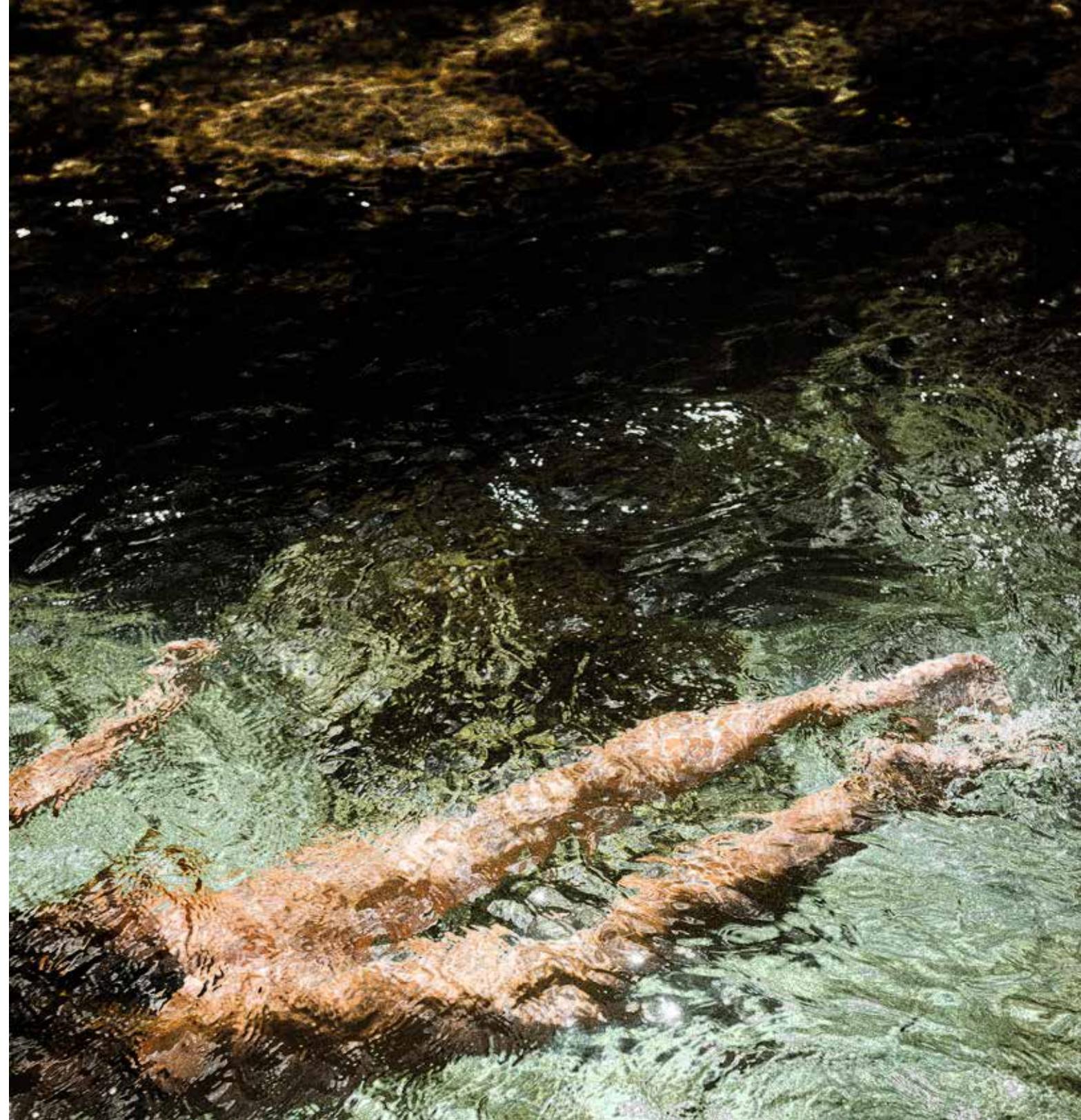


ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

di cuenta hace ya algún tiempo, y mis músculos pegajosos están hechos de una cosa parecida a la saliva de lagarto.

Titilantes y absurdos son mis pasos, en este pasillo mortecino. Una meretriz bellísima y maldita quiso darme un trago de poción mágica, pero pude ver demasiados peligros colgando de su párpado izquierdo. Algo había allí que debía ser postergado. Ya llegaría el momento de beberlo todo. Todo lo que late en mi corazón perruno fue conseguido de estraperlo. Los desvalijé a todos. Lo mío es pura ortopedia desgastada, salvajadas inconfesables perpetradas en la hondura gélida de un bosque austral. No hay en mí pretensiones de altos vuelos, claro que no, nunca las hubo; solo el nerviosismo animal que tiene que brotar por las venas y manar por las pupilas. Confecciono mapas con los mismos dedos artríticos que marcan en el aire la silueta de una palabra prohibida. Veo tras el cristal un cielo encapotado y borrascoso. No hay forma de escapar. Demasiados revoltijos endemoniados se han enredado y alojado en mi tórax, royéndome por dentro. Es verdaderamente insoportable. Tensiono la paranoia hasta hacer de ella una caricatura, y mastico grumos de cólera. No quiero alardear maldades ni enseñorear bondades; tampoco pretendo ofrecer discursos a una piara de cerdos sordos; jamás pretenderé hacer tal cosa. Intento comunicarme con los dientes, sin morder demasiado y librándome de las falsas ternuras. Solo me sirven las ternuras aderezadas con saliva ardiente, trazando en la pared

un teorema de jadeos y toxinas. Pretendo seguir disparando acristaladas palabras con sabor a fruta venenosa y a licor de ortiga, sin fermentada bohemia decadente. Lanzaré mi carnívora verborrea a los cuatro vientos, a los cinco huracanes, a los catorce ciclones, cual metralla lujuriosa y tierna, para quien quiera bebérsela. Oigo la ventisca de nieve, ahí fuera, en esta gran ciudad sin mar.

Habían transcurrido las densas horas de la noche con parsimonia irritante, pero ya llegaba el alba invernal, con su ceremonia de cuchillos blancos atravesando los muros y las pieles. Me dolía todo el cuerpo. Había dormido una o dos horas, en medio de unas sábanas agónicamente destartadas. No sabía cómo podría aniquilarla. Hablo de la melancolía, dulce y soterrada. No suele ser agresiva, pero algunas mañanas aparece agarrada en el pecho, a la altura del esófago, atrincherada en el esternón, enroscada en el timbre de mis cuerdas vocales. Un tibio sol apenas esbozado se cimbreaba anodinamente en las paredes de mi cuarto, pero era un sol absolutamente impotente y tibio. Se podía palpar el frío descomunal de ese astro glacial, su sequedad homogénea y monolítica. Arcadas espirituales rozaban la comisura de mis pómulos hundidos. No miraba por la ventana; no había mucho que ver desde aquella irrisoria atalaya. Edificios monomaniacos, habitáculos donde la clase trabajadora duerme sus hueras fatigas, enjambres de hormigón en los que miles de pobres diablos enhebran fantasmagóricos proyectos de futuro. Oía amortiguadamente el televisor del vecino,

pero afortunadamente no podía distinguir palabra alguna. Era un murmullo indecoroso, arrollador y ciertamente estúpido.

La melancolía, claro, esa cosa tan singular, que aparece desparramada en la encimera de la cocina o en un cajón de la sala. Los poetas de antaño escribían cosas ridículas sobre ella, pero ahora venden fármacos para combatirla, con la química, con el método científico y todas esas cosas. El polvo blanco sobre el espejo es un augurio de dulces batallas perdidas. Y alimentaremos nuestras ansias autodestructivas, cuando tengamos que bailar algún compás decadente, besándonos con las sabandijas que serpentean en los tugurios de patética ciudad repleta de bagatelas y artificio. Amo sus calles, de eso no cabe la menor duda. Sí, esta ciudad me agasaja incluso cuando me escupe malas sombras al amanecer, incluso cuando sus neblinas étlicas se tornan hoscas y despiadadas. Sé que soy repudiable en muchos aspectos. Me paso la vida engatusando a los demás, sin apenas reparar en el azorado devenir de mi cronología vital. Un trayecto que, a buen seguro, no culminará en lugar sensato. Pero también sé, y esto resulta decisivo, que habitaré aquí por largo tiempo; tal vez para siempre. Esta atmósfera bochornosa, que apesta a malaria, me cautivó definitivamente.

Puse el televisor y nos anunciaban, una vez más, que la crisis económica azotaría sin piedad el rostro entumecido de las masas. Un movimiento tectónico se desplegaba bajo nuestros pies, y no nos dábamos cuenta, tan imbéciles somos. Pero los culpables,

dicen en el informativo, se reúnen en majestuosas asambleas internacionales para tomar medidas de urgencia. Los tecnócratas son muy profesionales. Solo ellos manejan el umbral de lo imaginable y trazan, por lo tanto, las fronteras mismas de lo concebible. Dan ganas de vomitar. De hecho, es posible que lo haga. Los perros con corbata supuran basura dialéctica y sus discursos de poder penetran las neuronas de nuestra corteza cerebral. Banqueros belicistas y engolados vasallos de la muerte programada, inversores sin escrúpulos que bien podrían sacrificar el futuro de las naciones a un conglomerado empresarial dedicado a la compraventa de órganos. Un tipo de pelo gris y ojos hundidos, al parecer un insigne economista de no sé qué banco mundial, inyectó un potente aldabonazo en mi lóbulo frontal con su discurso dogmático de metralla estadística. Casi me tira al suelo. Yo contemplaba la pantalla con aprensión creciente; podía sentir el advenimiento de una lobotomía mundializada. Se abrirán las tripas en canal y ellos seguirán balando, proseguirán con su prédica efectista y calamitosa hasta el fin de los tiempos, porque nada podrá persuadirlos de su error. En medio de las ruinas humeantes de un paisaje social devastado, anegados en un planeta abrasado y putrefacto, una vez alcancemos ese previsible escenario, todavía quedará con vida un economista ortodoxo que pronunciará con voz de barítono la irreprochable racionalidad de la doctrina. En medio de una megalópolis destruida y contaminada, cuando los quejidos de los supervivientes sean aplastados por

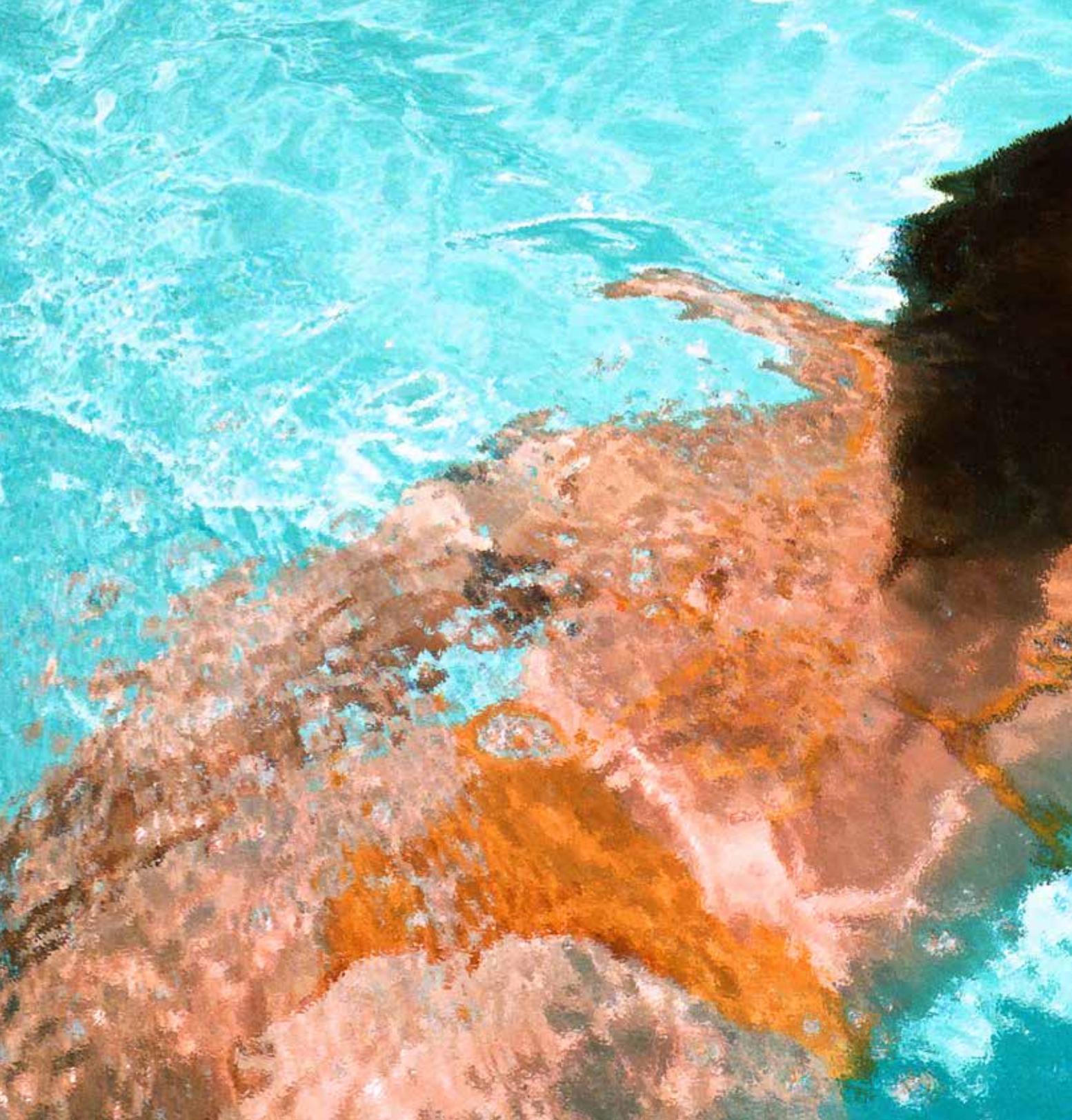


ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

terribles máquinas policiales, seguirán anunciando los impertérritos tecnócratas que sus medidas de ajuste eran las únicas posibles. Ellos no fallaron, claro que no. Quienes fallaron fueron los hombres, que no supieron estar a la altura de una doctrina económica que es infalible, eternamente verdadera. He ahí la mayor mistificación de todos los tiempos. Un delirio homicida. Los sumos sacerdotes de la religión financiera, como ese que yo podía observar en la pantalla de mi televisor, peroraban sin descanso. Era un bastardo omnipotente al que, en otra vida, de buena gana habría tiroteado la sien. Suenan las campanitas, llaman a muerto. Qué felicidad sentimos en nuestro pecho. Una voz melíflua me susurraba cosas espantosas. Cuántas toneladas de hastío se recuecen en los hornos crematorios de la civilización. En el flagelo de mi conciencia restallaban unas perlititas amargas, gotitas de inmundicia, fiebre tifoidea titilando en los labios.

Su rostro está grabado en cada pedacito de mi memoria, como si un orfebre sádico hubiera querido insertar su imagen en todos y cada uno de los pliegues de mi temporalidad interna. Estoy hablando del rostro de ella, evidentemente. Me abandonó. De eso han pasado ya unos cuantos meses, pero su fantasma se aparece una y otra vez, con tesón inasequible. Siempre regresa, como un dolor inextinguible. No se ha inventado un analgésico que pueda disminuir esta fatiga cósmica. Zambullirse en un lago de pus, recibir golpes en la nuca. Soy el hazmerreír de las clepsidras, que vierten su agua

con parsimonia criminal para dilatar el tormento de la sed. Infames reminiscencias se agolpan en los rincones.

Qué agonía tan estúpida. Olfateo podredumbres lejanas. Un mismo recuerdo recorre una y otra vez las diferentes habitaciones de mi mente, exactamente las mismas habitaciones, enloquecido recuerdo que va soltando espumarajos, manchándolo todo. Insidiosamente resuenan los ecos de un jadeo casi extinguido. Imágenes pretéritas indestructibles, porquerías evanescentes. Atribulado y torpe conjunto de fotogramas congelados, una cáfila apretujada de disparates que no pueden ser exterminados. Qué dolor tan mineralógico. Hace ya meses que no sé nada de ella, pero sueño febrilmente con desabrocharla un botón, una vez más.

Estamos yo y mis palabras, examinándonos mutuamente. Ellas escudriñan mi ser como viejas fisgonas, y yo las escudriño a ellas. Esta habitación tan vulgar es un telón de fondo casi perfecto para celebrar un ritual extraño y obsceno, sin alardes de tragedia. No quedan ya lugares en los que exhibir aspavientos existencialistas; nunca tendremos nada parecido a un soliloquio dramaturgico, qué va, solo puñetazos ligeros en las vértebras, y el alma herida de los ligamentos. No sé por qué vuelvo a pensar en esto una y otra vez; es una estupidez manifiesta. Vislumbro en los entresijos de mi duermevela nubes hermosas hinchidas de ocaso anaranjado, bermejas aves cuyas alas prendidas de fuego boreal son el anuncio arcangélico de una convulsión que se

avecina. Es una pedagogía crujiente y bullanguera. Una tormenta de barro y miedo aparece ya en el horizonte vetusto. Podemos columbrarlo con mirada apesadumbrada, y tenemos la certeza de que no hay dioses que puedan consolarnos. Mi lengua es un órgano sucio, que apenas sabe expresar lo que debe ser expresado. Todo este marasmo, tan amenazante y ominoso, se sustanciará en un nocturno para piano, una pieza que jamás podrá ejecutarse, pues probablemente anidó en algún pliegue inaccesible de universo matemático. Resistencia numantina cuando llegue el ataque ciclónico definitivo, no hay más alternativa. Combatiremos como gallos decapitados.

El don de la ubicuidad pertenece únicamente a las partículas más elementales de la nada, y el cieno abundante y transparente puede engendrar en el interior de mi frente una neurosis que llora por el parto doloroso de la lluvia sorda. La jugada no es pequeña, precisamente. Múltiples sandeces que ingiero con lunática fruición, un hontanar de porquerías que van colonizando el erial de la conciencia. No hay espíritu levantisco capaz de sobreponerse a esa infección generalizada. Caen las gotas asesinas desde una nube triangular, y las astas de un ciervo enorme se recortan en la colina sombría, duras y metálicas, para dar lugar a la eclosión tornasolada de un poderoso engendro orgánico que está a punto de sucumbir en una definitiva y horripilante hibridación biológica. Millones de moluscos pestilentes recubren una

playa desértica, algo sobrenatural se agita en el aire. Aúllan incestuosamente los cadáveres olvidados, una orgía indecorosa de glóbulos eléctricos, almas plastificadas. Todo es gélido y apesta a desinfectante. Todo está enfermo. Es una trama heteróclita, una algazara sonámbula, una pasión siderúrgica. Todas estas imágenes aparecen girando en un plúmbeo vacío repleto de viento azul; yo solo puedo frotarme los brazos, porque tengo frío. Me sumergí con alacridad enfermiza en un tráfico senil de pura serotonina, destilé calambres en los tendones de Dios. Que nadie se llame a engaño, pues el abanico se ha cerrado, todos los símbolos se han secado. Callan las águilas y se envalentonan las cucarachas; el festín llega a su fin, las trompetas anuncian en la lejanía el rugir de un avispero que levanta el vuelo, los tremendos agujijones ya apuntan hacia nuestras frentes. Mírame, estoy desquiciado. Desbarro, porque no estás. Pequeña niña llameante que prende mi memoria, escúchame con atención: trocearía mi alma en mil doscientos cuarenta y tres trocitos para venderlos después a cien mil trescientos cuarenta y dos demonios sádicos, haría eso con tal de poder abrazarte un solo minuto. Pero no llegará ese abrazo. Puedo presentir las detonaciones que vendrán.

